

10. Freud, Schopenhauer y el romanticismo alemán: Una relación leída desde Thomas Mann

Ricardo Adrián González Muñoz¹
María del Mar Osorio Árias²

El 14 de junio de 1936, en una visita privada que le hiciera en su casa, en el número 19 de la calle Berggasse, en Viena, Thomas Mann tuvo la feliz ocasión de leer personalmente a Freud la conferencia *Freud y el porvenir*. El texto, que fue leído por primera vez el 8 de mayo del mismo año, con motivo de su octogésimo cumpleaños, en una ceremonia a la que el padre del Psicoanálisis no pudo asistir, causó en éste, cuando la escuchó de viva voz del literato alemán, tan profunda impresión, según se consigna en el archivo epistolar del propio Thomas Mann, que lo llevó al borde de las lágrimas. En esta conferencia, en la cual se elogia la obra y el genio de Freud, Mann nos ofrece una interesante semblanza de un Freud inscrito con letras mayúsculas en los anales de la filosofía alemana, no solo como heredero, sino como continuador y figura principal de la corriente de pensamiento que califica de “antirracionista”, y que rastrea desde el romanticismo de Novalis hasta Nietzsche como su inmediato antecesor, no sin antes detenerse en Schopenhauer, con quien lo compara, parafraseando al propio Nietzsche quien, a su vez, había descrito al solitario de Frankfurt como ejemplo del “verdadero filósofo”: un pensador solitario y sui generis que se yergue en su soledad intelectual con gallardía y altivez, haciendo frente al confinamiento de que es objeto en su época; comparación de la que se sirve Mann para señalar una suerte de lazo invisible que une a los dos pensadores (Freud y Schopenhauer) en su recuerdo: un lazo que le permite establecer una identidad no solo en las ideas sino en la vivencia del ostracismo que ambos experimentaron en su vida:

Y, desde luego, de su seria figura no es posible borrar mentalmente la soledad; aquella soledad de que Nietzsche habla cuando, en su fascinante ensayo titulado « ¿Qué significan los ideales ascéticos?», llama a Schopenhauer un

1. Psicólogo. Máster en Psicoanálisis y Teoría de la Cultura-UCM. Director de Investigaciones-UNICOMFACAUCA. E-mail: dirinvestigacion@unicomfacauc.edu.co

2. Psicóloga. Candidata a Magíster en Políticas Públicas. Univalle. Docente Fundación Universitaria de Popayán. E-mail: maria.osorio@docente.fup.edu.co

1 «verdadero filósofo», «un espíritu realmente asentado en sí mismo. [...] En la
2 imagen de ese «varón y caballero», que cabalga entre la muerte y el diablo,
3 me he habituado yo a ver al psicólogo de lo inconsciente desde que su figura
4 espiritual penetró en el círculo de mi visión (Mann, 2000 [1936]), p. 171).

5
6 Este Freud es visto por Mann, como, “un verdadero filósofo”, apelati-
7 vo que siempre rehusó, y contra el que se resistió vehementemente, en de-
8 fensa de la propia teoría psicoanalítica, sobre cuyo origen se ciñó desde el
9 inicio el halo de la especulación, como el argumento más devastador en con-
10 tra de la consolidación de su estatuto científico, pretensión que nunca aban-
11 donó Freud.

12 A partir de esta consabida prevención, Thomas Mann realiza en su con-
13 ferencia una festiva polémica al traer a colación, a propósito del homenaje
14 que hace de Freud, la poca estima en que tiene a la filosofía, en tanto la con-
15 cibe como una construcción conceptual que ofrece una imagen del mundo co-
16 herente e integra que sobreestima el valor de lo cognoscitivo y la racionalidad,
17 una idealización eminentemente racionalista que el Psicoanálisis vino
18 a cuestionar, infligiendo a la humanidad la más dolorosa herida narcisista
19 con su descubrimiento del Inconsciente; las otras heridas son, a saber: la re-
20 revelación de Copérnico, que nos arrebató la ilusión de ser el centro del uni-
21 versos, y el hallazgo darwiniano, que nos sustrajo del equívoco de nuestro
22 origen divino.

122

23 Así, Mann inscribe a Freud en la brillante tradición del romanticismo
24 alemán junto a figuras como Schiller, Hölderlin o Hoffmann, en uno de cuyos
25 cuentos (“El Hombre de Arena” [Der Sandmann], publicado en 1817) se basó
26 Freud para introducir el concepto de lo ominoso [Unheimlich] en 1919, y des-
27 de luego al gran Goethe, a quién Freud profesó siempre una inmensa admira-
28 ción. Sin embargo, es a la figura del célebre poeta y pensador Georg Friedrich
29 Philipp Freiherr von Hardenberg, conocido como Novalis a la que Mann ape-
30 la para proponer esta relación directa con Freud, dentro de una ascendencia
31 filosófica que lo ubicaría en la tradición de este movimiento, hasta el punto
32 de considerar que el llamado Pansexualismo freudiano no es otra cosa que
33 romanticismo transformado en ciencia natural (Mann, 2000 [1936]). Esta ve-
34 hemente y, si se quiere, apasionada declaración, no pasa desapercibida y es
35 tomada con una hilaridad no desprovista de mordacidad por Freud, quien
36 pareció más sorprendido que molesto con esta comparación y que tuvo a bien
37 comentar con motivo de la publicación de la conferencia *El Puesto de Freud*
38 *en la historia del espíritu moderno* (Freud, 1929, en Sánchez Pascual, 2000):
39

40 El artículo de Thomas Mann es muy honorífico. Me ha dado la impresión de
41 que se encontraba escribiendo un artículo sobre el romanticismo, al recibir la
42 invitación a escribir sobre mí, y así contrachapeó el medio artículo, por de-
43 lante y por detrás, como dicen los ebanistas, con psicoanálisis; el cuerpo es de
44 otra madera. De todos modos, cuando Mann dice algo, siempre tiene pies y
45 cabeza (p. 10)
46

Así pues, tomando como referente la misma crítica que hace Freud al racionalismo filosófico, el Psicoanálisis alcanzaría su estatus de doctrina antirracionalista, y en dicho sentido su circunscripción en esta línea de pensamiento, precisamente por constituirse a partir de su descubrimiento del Inconsciente: “Se la puede calificar de antirracional, pues su interés investigador la lleva a estudiar la noche, los sueños, los instintos, lo prerracional, y porque en su comienzo se alza el concepto de lo inconsciente” (Mann, 2000 [1929], p. 167). Encontraríamos entonces, siguiendo la argumentación de Thomas Mann, en el principio fundante de toda la doctrina psicoanalítica, esto es, en el concepto mismo de Inconsciente, el hito cardinal, la impronta incontestable de su filiación, la raíz primordial de su linaje filosófico.

El romanticismo alemán visualiza al ser humano desde una concepción vitalista del poder primordial que ejerce la emoción y los afectos en la determinación de su existencia, primando sobre cualquier sistema racional de pensamiento, y reivindicando el pasado —el recuerdo de la infancia, principalmente— como componente esencial del sujeto y la sabia constitutiva de la subjetividad más allá de los hechos físicos que moldean la realidad concreta; el retorno hacia los dominios *oscuros* del alma humana, por medio del estudio del Inconsciente y la crítica central al racionalismo de su tiempo, constituirían pues, un punto de colindancia genuino y una prenda de herencia del romanticismo alemán en los inicios de la teoría psicoanalítica. Varios autores, entre ellos, Ricoeur y Assoun, han coincidido en que en la teoría del sujeto elaborada por Freud, en la idea originaria sobre la que se erige el concepto de represión, y en el papel preponderante y organizador del inconsciente en la topología del aparato psíquico, se encuentra, cuando menos, a un nivel básico e incipiente, un vestigio de la premisa sobre la que descansaba la concepción romántica del hombre: un ser escindido entre los determinantes de la razón y su naturaleza pasional: un sujeto que padece los malestares de una cultura, que limita y somete sus deseos; por otro lado, la concepción freudiana de la segunda teoría pulsional, en la cual se configura un antagonismo entre vida y muerte que tiene al sujeto como teatro en el que se escenifica una tensión entre los impulsos de integración de la pulsión erótica y los esfuerzos de desagregación que son propios de la pulsión tanática, estaría también impregnada de un cierto hálito romántico: “Freud encontraba, al oponer Eros a la muerte, cierto fondo mítico, transmitido por la tradición del romanticismo alemán” (Ricoeur, 1990, p. 469).

1. Freud y la Filosofía: Los Inicios

El Psicoanálisis surge en la convulsa época del fin de siglo vienes, momento histórico, álgido por demás, en el cual Freud, como espectador de excepción, asiste a la crisis del racionalismo clásico, inaugurado con Descartes en los albores de la modernidad filosófica, depurado y criticado con el argumento infalible de la pluma kantiana, cuestionado y con-movido en su fundamentación más profunda por Schopenhauer, y más adelante, desmontado y demolido

1 con Nietzsche. Es pues, en este escenario, en el que Freud fragua su descu-
2 brimiento y cimienta las bases de su teoría “en el mismo momento en que el
3 tribunal supremo de la razón e instancia de fundamentación última comien-
4 za a dar cuenta de los límites de su posibilidad para dar razón” (Maldonado,
5 2006, p. 67). La Viena de fin de siglo, con su explosión cultural y su refinada
6 burguesía que acoge y celebra los adelantos del progreso, que se encumbra
7 como la Meca de artistas e intelectuales, es la cuna del psicoanálisis, la Vie-
8 na de Zweig, de Klimt, de Sissi y sus cabalgatas compulsivas (Marinas, 2004).

9 El psicoanálisis se planta en este hervidero de intelectualismo y pro-
10 greso, en esta Viena exquisitamente moderna, rabiosamente vanguardista, y
11 se ofrece como una respuesta a la crisis social de la modernidad, como “una
12 de las respuestas entrelazadas con todas las demás. Lo mismo que la iglesia de
13 Otto Wagner, en la colina central del Hospital psiquiátrico, es arquitectura
14 de Vanguardia para contemplación de los orates. Toda una rara enfermedad
15 moral” (Marinas, 2004, p. 24). El psicoanálisis es entonces también una res-
16 puesta ante el malestar en la cultura moderna.

17 Para mantener su autonomía respecto de la Filosofía y no dejar duda
18 de ello, así como para sostener y resaltar el valor genuino de su descubri-
19 miento, Freud siempre se reconoció a sí mismo como creador solitario de su
20 teoría, renunciando e incluso desdiciendo de la filiación que desde casi los
21 inicios del Psicoanálisis se le pretendió endilgar con respecto a Schopenhauer,
22 a quien dice haber leído tarde en su vida, así como de Nietzsche, sobre cuya
23 lectura, indica, autoimpuso, una protectora privación: “El psicoanálisis es crea-
24 ción mía, yo fui durante diez años el único que se ocupó de él, y todo el dis-
25 gusto que el nuevo fenómeno provocó en los contemporáneos se descargó so-
26 bre mi cabeza en forma de crítica” (Freud, 1992 [1914] Tomo XIV, p. 7).

27 No deja de ser llamativo, en todo caso, que en lo que refiere a las rela-
28 ciones con la Filosofía, Freud se muestre tan reacio, y en ocasiones franca-
29 mente displicente respecto de una vocación de conocimiento que, en su juven-
30 tud y parte de su madurez, concibió como meta y fin verdadero de sus azares
31 intelectuales. No son inusuales las alusiones que de este talante quedan con-
32 signadas en su comunicación epistolar. A su futura esposa, Martha Bernays,
33 le escribe, en el verano de 1882: “La filosofía que a menudo me he figurado
34 como la meta y el refugio de mi vejez, me atrae cada vez más” (Caparrós (ed.)
35 1997, p. 261). Algunos años después, en 1896, por la época de su célebre *Pro-
36 yecto* (1895), le escribe a su entrañable amigo Fliess, a propósito de sus dife-
37 rencias en el entendimiento del funcionamiento del aparato psíquico: “por el
38 rodeo de tu ser médico, alcanzas tu primer ideal, comprender a los hombres
39 como fisiólogo, yo nutro en lo más secreto la esperanza de llegar por ese mis-
40 mo camino a mi meta inicial, la filosofía” (Freud, 1884-1904, p. 165).

41 Tampoco hay que olvidar que el joven Sigmund asistió durante su for-
42 mación médica a los cursos sobre Introducción a la Filosofía y Lógica Aristo-
43 télica, que dictó en la universidad de Viena el carismático Franz Brentano,
44 entre 1874 y 1876, quien le causó una singular e imborrable impresión. Aun
45 cuando la huella de dicha impresión pueda llegar a ser más difícil de preci-
46 sar en su obra, Assoun (1982), señala éste le ofreció a Freud una vía de articu-

lación entre la especulación filosófica y la psicología empirista, de la cual era un azeado exponente. Brentano le habría planteado a Freud la posibilidad de articular un primer acercamiento a la psicología por medio del rodeo de una filosofía que se basaba en la lógica aristotélica, los principios del empirismo y la búsqueda de evidencias establecidas a partir de la experiencia. Es importante señalar que el camino de la psicología empirista condujo a Brentano a formular una teoría psicológica basada en la consciencia, tomando como eje central el concepto de Intencionalidad, y que por tanto se aleja radicalmente de la propuesta freudiana.

2. Freud con Schopenhauer

Mucho se ha discutido acerca de la influencia que la filosofía de Arthur Schopenhauer tuvo sobre Freud en la construcción de la teoría Psicoanalítica. Para empezar, podemos apelar, como lo indica Assoun (1982), a una referencia inserta por el propio Freud en la introducción de su *Traumdeutung* (1900) respecto del lugar que el sueño ocupa en el pensamiento de Schopenhauer, resaltando el íntimo parentesco que el filósofo establece entre lo onírico y la vida consciente, al considerar que el sueño y la vigilia son “lecturas” distintas de un mismo libro. Así mismo, en las primeras páginas del mismo texto, Freud realiza una directa referencia a la influencia de Schopenhauer en la concepción del sueño como algo más que una pura actividad residual del cerebro durante el dormir:

125

Para muchos autores fue decisiva la argumentación desarrollada por el filósofo Schopenhauer en 1851. La imagen del mundo nace en nosotros porque nuestro intelecto moldea las impresiones que le vienen desde fuera en las formas del tiempo, el espacio y la causalidad [...] de noche, cuando se acalla el efecto ensordecedor de las impresiones diurnas, las impresiones que surgen del interior pueden atraer la atención, del mismo modo que por la noche oímos el murmullo de las fuentes que el alboroto del día vuelve imperceptible. Pero, ¿de qué otra manera reaccionará el intelecto frente a esos estímulos, si no es cumpliendo la función que le es propia? Por tanto, transformará los estímulos en figuras que ocupan tiempo y espacio, que se mueven siguiendo el hilo de la causalidad, y así nace el sueño (Freud; 1992 [1900], Tomo IV, p. 61).

Más adelante en su *Traumdeutung*, Freud vuelve a mencionar al filósofo alemán, para referir el interés y el acierto con que éste se ocupaba de la Locura, y de la cierta identidad que encontraba entre ésta y el sueño: “Schopenhauer [1851b 1, pág. 246] llama al sueño una locura breve, y a la locura, un largo sueño” (Freud; 1992 [1900], Tomo IV, p. 112).

Ahora bien, una de las coincidencias más sobresalientes entre el psicoanálisis y la obra de Schopenhauer la encontramos en su texto *El Mundo como Voluntad y Representación* (1844), concretamente en el suplemento al

libro tercero, en el cual el filósofo propone, a partir de una tentativa de explicación de la locura, un conjunto de ideas que se asemejan sorprendentemente a lo referido por Freud al conceptuar sobre la represión:

Aquel desagradable suceso nuevo tiene que ser asimilado por el intelecto, es decir, recibir un lugar en el sistema de las verdades que se refieren a nuestra voluntad y su interés, por más grato que sea lo que ha de desbancar. En la medida en que eso ocurre, el suceso produce ya mucho menos dolor: pero con frecuencia esa operación es en sí misma muy dolorosa y casi siempre se efectúa lentamente y con resistencia. Más solo en la medida en que se ejecute siempre correctamente, se mantiene la salud del espíritu. En cambio, si en un caso particular la resistencia y oposición de la voluntad a aceptar un conocimiento alcanza un grado tal que aquella operación no se puede realizar limpiamente; si, en consecuencia, determinados acontecimientos o circunstancias se sustraen al intelecto porque la voluntad no puede soportar verlos; y si después, por exigencias de la coherencia, la laguna que de ahí nace se llena arbitrariamente entonces se produce la locura. (Schopenhauer, 1844, p. 448)³.

Esta correlación entre las ideas planteadas por Schopenhauer y el postulado psicoanalítico sobre la represión no escapa a la sagaz penetración del propio Freud, quien, aunque de una manera un tanto paradójica, reconoce, si no un influjo directo, si un paralelismo entre su descubrimiento y lo que a este respecto realiza Schopenhauer en su exploración filosófica, puesto que aun sopesando la estrecha relación entre su teoría y lo que el filósofo alemán había intuido respecto a esta particularidad del acaecer psíquico, no sólo en cuanto al sentido del mismo, sino incluso, con un lenguaje similar, es completamente tajante al resaltar el diferente camino —la práctica clínica— por el que él arribó a tal intelección:

En cuanto a la doctrina de la represión, es seguro que la concebí yo independientemente; no sé de ninguna influencia que me haya aproximado a ella, y durante mucho tiempo tuve a esta idea por original, hasta que Otto Rank (1910) nos exhibió aquel pasaje de *‘El mundo como voluntad y representación’*, de Schopenhauer, donde el filósofo se esfuerza por explicar la locura. Lo que ahí se dice acerca de la renuencia a aceptar un fragmento penoso de la realidad coincide acabadamente con el contenido de mi concepto de represión, tanto, que otra vez puedo dar gracias a la falta de erudición libresca, que me permitió hacer un descubrimiento. (Freud, 1992 [1914] Tomo XIV, p. 15).

Caber resaltar que durante esta época, cercana a su célebre estudio sobre la paranoia con el caso *Schreber* (1911), por medio del cual se abre el camino hacia el estudio de la locura, la represión y la psicosis mantenían una

3. Para las citas de la obra de Schopenhauer se ha utilizado la traducción al español de Pilar López de Santa María, publicado por Editorial Trotta.

estrecha relación en la teoría psicoanalítica, puesto que Freud aún se planteaba el papel de este mecanismo —propio de la neurosis—, en la configuración del delirio en la psicosis, lo cual reviste una dificultad singular a nivel teórico, en tanto dicha hipótesis ubicaría estructuralmente a la paranoia del lado de la neurosis, esto es, que se operaría sobre ella el mecanismo de la represión y por ende, del retorno de lo reprimido que, a su vez, implicaría que el sujeto estaría imbricado ya en una relación triangular edípica. Por cuenta de este impase en la teoría, la distinción entre neurosis y psicosis, si bien permanece como precepto, se hace más compleja y ambigua, en tanto no se precisa ni se establece un mecanismo propio que dé cuenta del origen de la psicosis; esta falencia estructural permanecerá como deuda, aun durante gran parte de la elaboración teórica freudiana, y solo en sus últimos trabajos empezará a tratar de saldarla, aunque es con Lacan, en el seminario III de su enseñanza, y en su *Comunicación Preliminar* cuando se propone el mecanismo propio de la psicosis, con la introducción del concepto de Forclusión.

Retomando el camino de las colindancias entre el psicoanálisis y la obra de Schopenhauer, es quizá la afirmación que hace Freud en el sentido de que llega a la conceptualización de la represión sin influencias externas y de forma totalmente independiente, junto con su declaración de que lee a Schopenhauer tardíamente en su vida, la que suscita más controversia entre quienes postulan la cara influencia del pensamiento Schopenhaueriano en la obra de Freud, puesto que es bien sabido que Schopenhauer fue el filósofo más influyente a finales de la segunda mitad del siglo XIX en los países de habla germana, por cuanto es poco probable que Freud, —un intelectual en todo el sentido de la palabra— no haya tenido en su formación, aun de manera indirecta, noticia acerca de los principales postulados de su filosofía.

Young y Brook (1994), señalan que Ellenberger ubica a Schopenhauer como uno de los “antecedentes de la Psiquiatría Dinámica” de la que Freud sería un gran deudo; y en este mismo sentido, citan la afirmación de Foerster en 1970, de que nadie debe ocuparse del psicoanálisis sin antes haber estudiado profundamente a Schopenhauer; asimismo, resaltan que Meynert, precursor de su introducción al tratamiento de los padecimientos mentales, reconocía una gran influencia del filósofo alemán en las consideraciones que sobre la represión había aportado:

Uno de los más influyentes maestros de Freud, Meynert, fue el primer médico que dio una completa descripción de la represión y había acreditado explícitamente la idea en Schopenhauer (1851). Incluso si Schopenhauer no tuvo una influencia directa sobre Freud, es difícil creer que lo mismo fuera cierto respecto a Meynert (Young y Brook, 1994).

La idea de que podría haber habido una influencia por referencia del pensamiento Schopenhaueriano en la constitución del concepto de represión en Freud, cobra, a partir del señalamiento antes referido, una importancia significativa y un mayor valor; no obstante, Freud realiza una declaración que no deja dudas respecto de su afirmación de 1914:

Las vastas coincidencias del psicoanálisis con la filosofía de Schopenhauer —no sólo conoció el primado de la afectividad y la eminente significación de la sexualidad, sino aun el mecanismo de la represión— no pueden atribuirse a una familiaridad que yo tuviera con su doctrina. He leído a Schopenhauer tarde en mi vida. (Freud, 1992 [1925], Tomo XX, p. 55).

Es más, en este mismo escrito, manifiesta una abierta reticencia respecto de un posible acercamiento a la filosofía, en favor del conocimiento a partir de la práctica clínica en el psicoanálisis, reconociendo también una renuncia auto-impuesta a la lectura de Nietzsche, el otro gran filósofo cuya obra coincidiría con los hallazgos de su teoría:

En cuanto a Nietzsche, el otro filósofo cuyas intuiciones e intelecciones coinciden a menudo de la manera más asombrosa con los resultados que el psicoanálisis logró con trabajo, lo he rehuido durante mucho tiempo por eso mismo (Freud, 1992 [1925], Tomo XX, p. 55).

Cabe resaltar ahora, tomando como base la referencia antes citada de Freud en su autobiografía, otro punto coincidente con el psicoanálisis que éste reconoce en la filosofía del solitario de Frankfurt: a saber, la suprema importancia de la afectividad y la sexualidad en la psique humana. Para Schopenhauer (1844), la sexualidad es “la más completa manifestación de la voluntad de vivir”, la fuerza impulsora de la vida humana, que se expresa en toda la extensión de la existencia humana:

Es la causa de la guerra y el fin de la paz, el fundamento de los asuntos serios y el objetivo de los divertidos, la inagotable fuente de chistes, la clave de todas las indirectas y el sentido de todas las insinuaciones secretas, de todas las proposiciones implícitas y todas las miradas robadas (Schopenhauer, 1844, p. 566).

Incluso, el ingenioso filósofo alcanza a atisbar el importante papel que juega lo sexual en la base inconsciente de la broma, lo mismo que haría Freud en su texto de 1905, *El chiste y su relación con el Inconsciente*.

Aun concediendo estos atributos a lo sexual, Schopenhauer no llega a prefigurar en su totalidad la complejidad y profundidad que Freud concede a la sexualidad, pues en Schopenhauer, la primacía de lo sexual, en última instancia, tiende a satisfacer a la voluntad en su persistencia en la vida, esto es, en la perpetuación de la especie, y, en éste sentido, en la reproducción. En otras palabras, que el fin sexual de la voluntad siempre tiende hacia la genitalidad (*el núcleo central de la voluntad*), con miras a la perpetuación del género, lo cual, si bien es una idea que permanece en Freud de cierta manera, sólo es una parte de su teoría sexual, puesto que, no agotándose en ella, el Psicoanálisis descubre que la pulsión erótica abarca fines distintos del acto sexual: prueba de ello es, verbigracia, el concepto de Sublimación, en el que la pulsión sexual modifica su fin, haciéndolo coincidir

con actividades socialmente valoradas, tales como el arte, la ciencia y la inclinación hacia la filosofía.

2.1. La Voluntad y lo Inconsciente

El Psicoanálisis y la filosofía de Schopenhauer poseen un punto focal de encuentro, del cual se desprenden todos los paralelismos y colindancias conceptuales que constituyen su cercanía. Es éste la relación que puede establecerse entre el concepto de Inconsciente y el de Voluntad. Por tanto, es en relación con el concepto de Voluntad, desde donde se podrían identificar los puntos más significativos de referencia a partir de los cuales es posible establecer una comparación con la teoría psicoanalítica.

Para Schopenhauer, la Voluntad no se corresponde en modo alguno con la acepción usual del término, que se relaciona con el concepto planteado por Descartes y que tiene su mejor expresión en su ya célebre *cogito ergo sum*, que constituye la base de la filosofía moderna y el racionalismo. El cogito cartesiano, a partir del cual se hace referencia a una voluntad individual que se determina de una manera completamente libre, sustentada en el raciocinio del individuo, no se aviene con el concepto que elabora Schopenhauer, puesto que éste identifica la Voluntad como despojada de toda posibilidad de agencia individual, como un concepto radicalmente opuesto a la razón, que se relaciona íntimamente con la naturaleza, como *la cosa en sí*. Altman y Coe (2013), enfatizan esta conjunción entre la voluntad Schopenhaueriana y la *cosa-en-sí* kantiana: “Schopenhauer subraya el rol fundamental de las pulsiones. La “cosa en sí” kantiana, no es más que la Voluntad. El mundo es la voluntad encarnada o la voluntad en su alteridad”. Henry (2002), describe el concepto de Voluntad en los siguientes términos:

[...] La voluntad Schopenhaueriana no tiene nada que ver con el entendimiento, lejos de demandarle la ley de su acción y de modelarse sobre él, ella es portadora de la ley, no se mantiene ante su acción como ante un posible, sino que es esa acción y está decidida desde ahora mismo a cumplirla: ella y su contenido son una sola cosa (Henry, 2002, p. 155).

El concepto de Voluntad, dentro de la Metafísica de Schopenhauer, es descrito como una “fuerza” propia de todos los seres de la naturaleza, cuya potencia no se agota en la muerte (del individuo) y cuya causa u origen no alcanza a colegirse desde la fenomenología: “Es la fuerza natural universal que en la física ha de quedar como una *qualitas occulta*, precisamente porque aquí la explicación etiológica ha llegado a su fin y empieza la metafísica” (Schopenhauer, 1844). La Voluntad es radicalmente inconsciente, irracional y dinámica y sólo se ha de tener noticia de ella en su objetivación, esto es, en las representaciones que en el ser humano se manifiestan, las cuales están ligadas a la sexualidad, que es la expresión por antonomasia de la voluntad de vivir.

1 La Voluntad es, en palabras de Assoun (1982) “Una fuerza ciega que no
 2 tiene fin determinado ni consciente; misteriosa, en cuanto a cosa en sí, es la
 3 inconsciencia misma”. El intelecto, entonces, la consciencia, es secundaria a
 4 la voluntad, o sea, una pura manifestación —limitada— de ella, en la indi-
 5 vidualidad humana, cuya búsqueda estriba en alcanzar la satisfacción y se
 6 mantiene, por tanto, bajo su dominio permanente. La consciencia entendida
 7 desde la perspectiva psicoanalítica, en este caso correspondería en la teoría
 8 Schopenhaueriana con lo que se designa como *Representación*. De tal forma,
 9 tendríamos expresadas en el sistema filosófico de Schopenhauer las dos instan-
 10 cias más significativas de la topología psicoanalítica: a saber, lo inconsciente
 11 expresado en el concepto de Voluntad y lo consciente, en la representación,
 12 que para el filósofo germano abarca todo lo que existe para el pensamiento,
 13 y el modo de toda la experiencia posible para el ser viviente.

14 Al inicio de este texto se enunciaba una primera mención a Schopen-
 15 hauer, presente en la introducción de la Interpretación de los Sueños (1900),
 16 en la cual Freud sopesaba y reconocía la valoración que éste hacía del sueño
 17 en relación con la vigilia, en la que establecía una consonancia entre uno y
 18 otra, como si de dos lecturas de un mismo libro se tratase, dicha consonancia
 19 está justificada en su teoría, en tanto para Schopenhauer no existe una dife-
 20 renciación consistente entre lo fenomenológico y el dominio del sueño, por
 21 más que el fenómeno como tal pueda ser empíricamente demostrado, ya que
 22 corresponden ambos al dominio de la representación, en contraposición a la
 23 Voluntad, que es inasible e incognoscible, en tanto imposible de representar:
 24 “De ahí que el mundo de la vigilia, como mundo de la representación sea ho-
 25 mogéneo al sueño y componga con él las hojas de un mismo libro” (Henry,
 26 2002, p. 154).

27 La equiparación entre Voluntad e Inconsciente puede rastrearse con fa-
 28 cilidad en la primera tópica freudiana, en la cual se establecen dos sistemas
 29 bien definidos: a saber, el sistema inconsciente, y el sistema preconsciente-
 30 consciente, dualismo desde el cual Freud reconoce la primacía, en cuanto de-
 31 terminismo psíquico, del primero sobre el segundo, ejemplificado en los casos
 32 en los que la sintomatología emerge, en tanto que el síntoma neurótico es, en
 33 su expresión, totalmente independiente de la consciencia. Asimismo, es fuera
 34 de la consciencia donde esta operación tiene lugar, al igual que para Schopen-
 35 hauer, quien explica, en su teoría sobre la locura, que es la Voluntad la que
 36 fuerza al intelecto a sustraerse del conocimiento de ciertos sucesos o circuns-
 37 tancias desagradables, produciéndose, de esta forma, la represión.

38
 39

40 **2.2. Metafísica y Metapsicología**

41

42 A partir del periodo en que Freud realiza sus Trabajos sobre Metapsicología,
 43 comienza a perfilarse el camino que culminará con la elaboración de la teo-
 44 ría pulsional y la segunda tópica. Es allí cuando el Psicoanálisis empieza a
 45 reconocer una cercanía con la filosofía de Schopenhauer. Prueba de ello es
 46 que, desde éste momento, Freud (1914) empieza a citar y a reconocer en

Schopenhauer a un filósofo cuya teoría metafísica lo había llevado a conclusiones semejantes a las que el Psicoanálisis, por el camino de la práctica clínica habría de llegar, medio siglo después, sin que por ello hubiese un reconocimiento directo de Schopenhauer como antecesor o referente.

Este periodo es reconocido como el más “especulativo” del Psicoanálisis: Assoun (1982), al Hablar de *Más allá del principio del Placer*, lo califica de “el gran ensayo especulativo” y lo sitúa como el “centro mismo de la palabra filosófica freudiana”; es en éste texto donde se expone por primera vez la teoría de la pulsión de muerte, que implica a su vez la modificación de la dualidad pulsión yoica/pulsión sexual, hacia el par pulsión erótica/pulsión tanática. Freud mismo reconoce este carácter en alguna medida especulativo y difícil de precisar y aislar como concepto formalmente establecido, que la consistencia metapsicológica le otorga a las pulsiones: “La doctrina de las pulsiones es nuestra mitología, por así decir. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación. En nuestro trabajo no podemos prescindir ni un instante de ellas, y sin embargo nunca estamos seguros de verlas con claridad” (Freud, 1992 [1933], Tomo, XXII, p. 88).

Con esta nueva teoría pulsional, en cuyos polos podríamos ubicar dos funciones básicas, a saber: una de cohesión, o de índole relacional propia de la pulsión erótica y la otra de des-agregación o des-ligadura de la pulsión de muerte, aunque, puesto que se mantiene en el límite entre lo somático y lo psíquico, sólo podemos saber algo de la pulsión a través de sus representantes psíquicos. Nos encontramos, claramente —y el propio Freud lo reconoce—, en un plano colindante con la filosofía de Schopenhauer:

131

Y hay otra cosa que no podemos disimular: inadvertidamente hemos arribado al puerto de la filosofía de Schopenhauer, para quien la muerte es el «genuino resultado» y, en esa medida, el fin de la vida, mientras que la pulsión sexual es la encarnación de la voluntad de vivir. (Freud, 1992 [1920], Tomo XVIII, p. 48-49).

La pulsión, al igual que la Voluntad es insubjetivable y se adscribiría al campo de lo Real en la topología lacaniana, del *goce*, en tanto es previo al sujeto mismo, es resistente a toda representación y, al igual que la voluntad, no se agota en la representación que el sujeto puede alcanzar de éste. Como lo señalan Larriera y Alemán (2001), la pulsión es asexual, es motor y energía; en otras palabras, es pura voluntad, es energía no-ligada, cuyo anhelo o apetito de satisfacción es anterior a todo (al intelecto, en palabras de Schopenhauer), por lo tanto, Voluntad y representación, pulsión y representante pulsional son parejas conceptuales que colindan entre el Psicoanálisis y Schopenhauer.

La teoría pulsional viene a ser, pues, junto con el concepto del Ello, que Freud desarrolla en su segunda tópica (1923), lo que constituye el fundamento metapsicológico del Psicoanálisis, y en ese sentido, el punto de convergencia más estrecho y genuino con la filosofía de Schopenhauer. Confluyen aquí las ideas metafísicas del filósofo respecto de la primacía de la Voluntad (Lo

Inconsciente) sobre el intelecto (la Consciencia), la suprema preponderancia de la voluntad de vivir expresada en la individualidad humana (la pulsión erótica), junto con la finalidad única y determinante de la Voluntad, que es la de conducir a toda vida hacia la muerte con total indiferencia (la pulsión tanática).

Freud, por su parte, ubica lo pulsional del lado de la instancia del Ello, cuyos procesos son del todo inconscientes y están regidos por el principio del placer, mientras que reserva para la instancia del Yo, que opera bajo el principio de realidad, la parte perceptiva del mundo exterior: “Para el yo, la percepción cumple el papel que en el ello corresponde a la pulsión. El yo es el representante de lo que puede llamarse razón y prudencia, por oposición al ello, que contiene las pasiones” (Freud, 1992 [1923], Tomo XIX, p. 27.), subordinando a su vez, como lo había intuido Schopenhauer, la actividad consciente del Yo al polo pulsional del aparato psíquico.

2.3. *Metapsicología Romántica*

Procurando establecer una relación entre las funciones y el carácter de la pulsión sexual y lo que los filósofos y poetas atribuyen al “Eros”, que sirve de cohesión entre los seres vivos, Freud (1992 [1920]) reconoce: “La libido de nuestras pulsiones sexuales coincidiría con el Eros de los poetas y filósofos, el Eros que cohesiona todo lo viviente” (Tomo XVIII p. 49). Nos reencontramos aquí con una colindancia harto significativa con Novalis, quien, siguiendo las elucubraciones de Mann (1936), se erigiría como uno de los eslabones primeros en la cadena que forja el linaje filosófico del psicoanálisis, en esa llamada *dependencia Independiente*, en la cual el literato alemán no duda en identificar un influjo inconsciente que habría obrado sobre la persona de Freud en la construcción de su teoría y que estaría en relación con la herencia de esta rica tradición filosófica germánica:

Cuando Freud afirma que la naturaleza de las pulsiones es esencialmente conservadora, y define la vida como la colaboración y la contraposición entre eros e instinto de muerte: cuando Freud dice todo eso, nos parece que está haciendo una perífrasis del aforismo de Novalis: «El instinto de nuestros elementos tiende a la desoxidación. La vida es una oxidación forzada (Mann, 2000 [1936], p. 164)

Es importante resaltar cómo, al igual que Schopenhauer, Novalis ve en la sexualidad, un principio organizador de la vida en general, por medio del cual los organismos tienden a relacionarse y a establecer vínculos sociales. Es precisamente un verso de Schiller, en el que se alude al hambre y el amor como las piezas que mantienen cohesionada la fábrica del mundo, del que se sirve Freud para ejemplificar la oposición pulsional en su primera tópica, la cual, posteriormente, se viene a unificar en la pulsión erótica. Refiriéndose a Novalis, Mann vuelve a sorprender con una sentencia tan contundente como

1 clara: “El radicalismo erótico de su psicología social es una anticipación mítica de los conocimientos y especulaciones científico-naturales de Freud.
2 «Amor es lo que nos mantiene juntos.» Esto es lo que al respecto dice Novallis” (Mann, 2000 [1936], p. 164).

3
4 Tampoco debe sustraerse de nuestra atención un hecho particular que
5 vincula a la teoría pulsional freudiana con el romanticismo, que tiene que
6 ver con el uso del término alemán *Trieb* para designar la pulsión, término
7 acuñado por los románticos, como lo reporta Assoun (1986): “La palabra *Trieb*
8 floreció en la lengua alemana en el momento del *Sturm und Drang*: designa el motor que actúa en la realidad humana y exige ser vertido en discurso
9 poético” (p. 94).

14 3. A manera de colofón: Deslindes

15
16 Como se ha tratado de exponer, no es poca ni desdeñable la cercanía entre
17 Freud, Schopenhauer y el romanticismo alemán, sin embargo, tampoco es
18 menor ni intrascendente la distancia que los separa. Para Schopenhauer, la
19 Voluntad es una “fuerza de la naturaleza” inherente a todo ser viviente, y
20 que, en el caso del ser humano, subordina al intelecto (la consciencia) y se
21 manifiesta de forma más característica en su mandato primordial: el deseo
22 sexual, del lado del instinto y la reproducción propia de toda especie. Freud
23 establece una distancia frente a este postulado, en tanto cifra lo pulsional y
24 lo inconsciente como exclusivamente humanos. Humano lo pulsional, al concebir la pulsión como una manifestación psíquica de la excitación corporal
25 interna, y estar representada por un otro representante en lo psíquico (el representante representativo de la pulsión), cuyo objeto de satisfacción dista
26 de estar determinado previamente, como en el instinto animal, por lo cual la
27 satisfacción pulsional puede modificarse hasta llegar a fines harto diferentes; y, Humano lo inconsciente, al conformarse a partir del complejo de Edipo,
28 y la instauración de la represión primaria, que es el hecho estructurante del aparato psíquico, y que da origen a las instancias que lo conforman. El
29 inconsciente freudiano es propio y exclusivo del ser hablante, a diferencia de la voluntad schopenhaueriana que se aplica a todo ser viviente. En el psicoanálisis se establece una diferencia entre el ser y el ser hablante que está
30 marcada por el lenguaje. El inconsciente se constituye como una instancia cifrada y delimitada por el lenguaje; en palabras de Lacan (1957) “es toda la
31 estructura del lenguaje lo que la experiencia psicoanalítica descubre en el inconsciente”. El ser hablante es un sujeto de deseo, cuyas faltas y carencias
32 están directamente relacionadas con la forma como el lenguaje y la experiencia (la experiencia del Otro) han tomado posesión de un cuerpo, se han
33 configurado y han delimitado una subjetividad única y particular. No tiene el inconsciente freudiano la vocación unívoca de la Voluntad Schopenhaueriana: no hay un único inconsciente que toma su lugar en cada sujeto; como
34 hay una única voluntad que se representa en cada ser, hay, diríamos, sujetos del inconsciente.

1 La Voluntad para Schopenhauer es inconmensurable y en ese sentido, in-
2 cognoscible, en tanto no puede ser abarcada en toda su dimensión, al igual que
3 lo era el inconsciente para los románticos. A diferencia de éstos y también de la
4 Voluntad del mismo Schopenhauer, el inconsciente freudiano difiere conside-
5 rablemente, en este aspecto, puesto que las representaciones del mismo (los
6 representantes representativos de la pulsión) corresponden al orden del signi-
7 ficante y de la significación, y, por tanto, se suscriben al campo del lenguaje.

8 En Freud, el Inconsciente es el que constituye y diferencia al sujeto hu-
9 mano, mientras que, en Schopenhauer, lo Inconsciente, la Voluntad, es lo que
10 más nos acerca al resto de los animales.

11
12

13 **3.1. Epílogo: *Psychoanalyse ist keine*** 14 ***neue Weltanschauung***

15

16 Existe una diferencia categórica del Psicoanálisis, no solo con la filosofía de
17 Schopenhauer o el romanticismo alemán, sino en general, con toda filosofía.
18 Esta diferencia se puede expresar en una formula sencilla: El Psicoanálisis
19 no es, en modo alguno, ni ha pretendido ser una nueva *Weltanschauung*. En-
20 tendida ésta como “una construcción intelectual que resuelve, de manera ho-
21 mogénea, todos los problemas de nuestra existencia, a partir de una hipótesis
22 que comanda el todo, donde, en consecuencia, ningún problema permanece
23 abierto, y donde todo aquello en lo que nos interesamos encuentra su lugar
24 determinado” (Assoun, 2003, p. 62). Se debe señalar que el Psicoanálisis está
25 impedido para formar una *Weltanschauung* propia, entre otras cosas, porque
26 no se ocupa de dar cuenta de forma global de una explicación del mundo y
27 sus implicaciones sobre el sujeto humano; como lo refiere Rodríguez (2012),
28 haciendo referencia a la obra de Freud, “no se trataría en absoluto, con ella,
29 de una nueva imagen del mundo, ninguna nueva *Weltanschauung* que vinie-
30 ra a enriquecer la panoplia de las ya existentes en el mercado ideológico del
31 mundo moderno” (p. 7). En efecto, que el psicoanálisis no se convierta en una
32 nueva explicación del mundo, tiene que ver, en primera instancia, con el he-
33 cho específico de que se ocupa de la subjetividad, esto es, de lo particular no
34 generalista, y en segundo término, porque la pretensión de Freud con el psi-
35 coanálisis estaba circunscrita a alcanzar el estatuto de ciencia, y al respon-
36 der a las características del estatuto científico, el Psicoanálisis se adscribiría
37 a la explicación del mundo que ofrece la ciencia: “si el psicoanálisis [...] es in-
38 capaz de crear una *Weltanschauung* que le sea particular, es porque no lo ne-
39 cesita, es una parte de la ciencia y puede vincularse con la *Weltanschauung*
40 científica” (Assoun, 2003, p. 63).

134

41
42

43 **Bibliografía**

44

45 Alemán, J. & Larriera, S. (2001). El Inconsciente: Existencia y Diferencia Se-
46 xual. Madrid: Editorial Síntesis S.A.

- 1 Altman, M. & C., Cynthia D. (2013). *The Fractured Self in Freud and Ger-*
2 *man Philosophy*. New York: Palgrave Macmillan US.
- 3 Assoun, P. L. (1982). *Freud La Filosofía y los Filósofos*. Barcelona: Editorial
4 Paidós.
- 5 Assoun, P. L. (1986). *Freud y Nietzsche*. México. D.F: Editorial fondo de Cul-
6 tura económica.
- 7 Assoun, P. L. (2003). *El Freudismo*. México. D.F: Siglo XXI Editores.
- 8 Caparrós, N. (editor). (1997). *Correspondencia de Sigmund Freud (tomo I)*.
9 Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- 10 Maldonado, R (2006). *El Inconsciente, El ello: Lo otro psíquico. La réplica ra-*
11 *cionalista*. En Constante, A. & Flores, L. (Coordinadores). *Filosofía y*
12 *Psicoanálisis* (p. 67-82). Facultad de Filosofía y Letras Universidad de
13 México. México D.F: Editorial Cromo.
- 14 Freud, S. (1992). *La Interpretación de los Sueños [1900]*. Obras Completas
15 (tomo IV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- 16 Freud, S. (1992). *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*
17 *[1914]*. Obras Completas (tomo XIV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- 18 Freud, S. (1992). *Introducción del Narcisismo [1914]*. Obras Completas, tomo
19 XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- 20 Freud, S. (1992). *Más allá del Principio del Placer [1920]*. Obras Completas
21 (Tomo XVIII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- 22 Freud, S. 1992. *El Yo y el Ello [1923]*. Obras Completas, (tomo XIX). Buenos
23 Aires: Amorrortu Editores.
- 24 Freud, S. (1992). *Presentación Autobiográfica [1925]*. Obras Completas (tomo
25 XX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- 26 Freud, Si. (1992). *Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis [1933]*.
27 Obras Completas (tomo XXII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- 28 Freud, S. (1994). *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904) [Traducción del ale-*
29 *mán de José Luis Echeverry]*. Buenos Aires: Amorrortu.
- 30 Marinas, J. M. (2004). *La Ciudad y la Esfinge*. Madrid: Editorial Síntesis.
- 31 Henry, M. (2002). *Genealogía del Psicoanálisis*. Madrid: Editorial Síntesis
32 S.A.
- 33 Lacan, J. (1975). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde*
34 *Freud [1957]*. En *Escritos I*. Barcelona: Editorial Siglo XIX.
- 35 Mann, T. (2000). *Schopenhauer, Nietzsche, Freud [1936]*. Madrid: Alianza
36 Editorial.
- 37 Ricoeur, P. (1990). *Freud: una interpretación de la cultura*. Mexico: Siglo
38 Veintiuno Editores.
- 39 Ricoeur, P. (2003). *El Conflicto De Las Interpretaciones: Ensayos De Herme-*
40 *néutica*. Buenos Aires: Editorial Fondo De Cultura Económica.
- 41 Rodríguez, Mariano. (2012). *Freud como Filósofo. Ágora-papeles del Filósofo*
42 *31, 1,7-23*.
- 43 Schopenhauer, A. 2000. *El Mundo como voluntad y representación [1844]*.
44 Madrid: Editorial Trotta.
- 45 Young, C. & Brook, A. (1994). *Schopenhauer and Freud*. *International Jour-*
46 *nal of Psychoanalysis* 75, 101-118.